

SOBRE EL DÉCIMO ANIVERSARIO DEL ARCHIVO LITERARIO

Prof. Dr. Pablo Rocca

Director de la Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras

(Palabras pronunciadas en ocasión del Décimo aniversario del archivo literario universitario, luego de la alocución del Sr. Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Prof. Dr. José Seoane, Sala del Consejo de la FHCE, 31 de agosto de 2009)

En uno de sus apasionantes ensayos, Robert Darnton mostró que el creador del primer archivo literario moderno fue un inspector de policía del Ancien Régime, a mediados del siglo XVIII. Bajo las órdenes de la monarquía, el inspector Joseph D'Hemery se encargó de controlar a los escritores, a fin de fichar a aquellos que emitieran opiniones, en sus escritos, sobre o, mejor aun, contra la institución monárquica y la Iglesia. Quizá con cierta exageración Darnton sentencia que el pulcro espía *“representa la primera fase en la evolución del burócrata, por lo que su voz puede oírse claramente a través de la forma estándar de sus informes”*. Podría pensarse que tal vez el historiador tenga plena razón, porque el archivo, aun el archivo cultural, tiene una voz que ordena, clasifica y en consecuencia vigila diversas capas de la vida social y, entre ellas, una muy perturbadora: la república de las letras. El archivo puede ser, también, un relato de esas fases de la vida social y cultural.

La palabra latina *archivum* deriva del término griego *arkheion*: *“residencia de los magistrados superiores, los arcontes”*, es decir el lugar donde se depositan los documentos oficiales. Los *arcontes* son los guardianes de la memoria pública, con lo cual se convierten en una especie de policía de los documentos, propietarios de su interpretación. De ahí que, con una mezcla de repulsa y temor, muchos escritores definieron a los críticos y, mucho más a los investigadores, como represores de la imaginación. El comienzo, no parece muy alentador. Pero con un poco de paciencia podemos crear otra versión de la historia. Veamos cómo se encadenó esta pequeña historia nuestra.

Sabíamos de este riesgo y este desafío cuando a mediados de 1998 elevamos el proyecto de la creación de un archivo literario, con acento cultural, a la directora del Departamento de Literaturas Uruguayas y Latinoamericanas, la Prof. Sylvia Lago. Tanto la directora como el Decano de la época, el Dr. Adolfo Elizaincín, respaldaron la idea

con entusiasmo. Y en la sesión del 30 de setiembre de 1998, el Consejo de la Facultad, por voto unánime, aprobó el proyecto. Unos meses después, en abril de 1999, cuando ya contábamos con suficiente material que habíamos salido a reunir con las credenciales de este espaldarazo y cuando ya teníamos al menos una precaria infraestructura, el Consejo me nombró Responsable de algo que se llamó Programa de Documentación en Literaturas Uruguayas y Latinoamericanas, es decir un servicio dependiente del Departamento, cuya casi impronunciable sigla fue PRODLUL. En 2007, después de un largo proceso, el Programa se transformó en Sección del Instituto de Letras, con lo cual ganó en mayor autonomía.

A despecho de la nada melodiosa primera denominación, PRODLUL, proyectamos un Repositorio Documental y un espacio de investigación y asesoramiento técnico a investigadores y estudiantes universitarios, así como a investigadores independientes. Empezamos a armar una biblioteca de referencias y bibliografías en literatura latinoamericana, complemento indispensable para el trabajo en el área, que hoy supera el medio millar de volúmenes, así como una base de datos. Además de los cometidos inherentes a cualquier repositorio documental, el plan de trabajo global en el archivo procuró, desde entonces, cumplir con los siguientes objetivos, que hoy se han mantenido y, si se quiere, se han expandido:

- 1) Recuperar para la difusión pública documentación literaria y cultural, evitando su pérdida y su fuga del país. Organizarla en colecciones y misceláneas documentales según su naturaleza, ya sea por autor, conservando en este caso su entera unicidad, ya por series institucionales.

- 2) Acopiar información, tanto en “soporte” papel como electrónico, a fin de respaldar el trabajo de los investigadores.

- 3) Procurar, en toda instancia, un trabajo interdisciplinario, en el entendido que la literatura es un discurso abierto, no necesariamente definible en relación a un campo circunscrito.

- 4) Transformar el archivo en un espacio de discusión y debate de cuestiones técnicas y teóricas, orientadas, en particular, a los estudios literarios en conexión con otras disciplinas.

- 5) Difundir de todas las formas posibles los materiales almacenados, dando especial relevancia al trabajo universitario en el campo mencionado.

En los orígenes, y de acuerdo con las severas limitaciones económicas por las que la Universidad atravesaba en la época, fue decisiva la obtención de un proyecto de financiación interna, con fondos de la Comisión Sectorial de Enseñanza (UDELAR). La CSE hizo un llamado, en febrero de 1999, para Proyectos sobre Innovación en el Mejoramiento de la Calidad de la Enseñanza. Entonces presenté el Proyecto que se titulaba de algún envarado modo que ahora no recuerdo, y cuando lo vio nuestra colega la Lic. Virginia Bertolotti, por entonces asistente del Decano, me dijo que con ese título los evaluadores ni siquiera lo iban a leer. Así que, presta, tomó una lapicera, tachó mi incompetente título y escribió “Aporte de un Centro de Documentación a la Didáctica de la Literatura Uruguaya y Latinoamericana”. Virginia tuvo tanta razón que el proyecto obtuvo el primer lugar, quizá más por su denominación que por las ideas que contenía. Con el dinero recibido pudimos adquirir un equipo informático completo (lo cual, entonces, era un lujo asiático), contratar una ayudante, quien entre octubre de 1999 y junio del 2000 tuvo como cometido la realización de los primeros pasos para la mencionada Base de Datos, y también comprar algún equipamiento. En los años sucesivos tuvimos la fortuna de obtener varios proyectos por concurso de organismos de la Universidad, tanto de la Comisión Sectorial de Enseñanza como de la Comisión Sectorial de Investigación Científica, supimos, en el curso de estos tres últimos años, de un aumento de presupuesto que nos ha beneficiado con mayores y flamantes equipamientos. Pero también logramos el respaldo de la Intendencia Municipal de Lavalleja y la Fundación Lolita Rubial, el aporte del Istituto Italiano di Cultura y, más recientemente, del Centro Cultural de España para llevar a cabo distintas iniciativas académicas.

En la medida de nuestras posibilidades tratamos de retribuir estos apoyos. Porque en estos diez años aportamos asesoramiento o prestamos materiales para exposiciones que se realizaron en el mencionado Centro Cultural de España (sobre Juan Carlos Onetti, sobre Rafael Alberti, sobre Pablo Neruda, sobre Juan José Morosoli), también el Museo Municipal Juan Manuel Blanes (sobre los Años veinte) y en la Sala de Arte Público David Alfaro Siqueiros, de México (con algunas imágenes de Blanca Luz Brum). Contribuimos con información y asesoramiento para varias tesis de maestría y de doctorado que han realizado o están llevando a cabo investigadores nacionales y extranjeros (en este último caso de Argentina, Brasil, Estados Unidos, México, España e Italia). El acervo y nuestra labor colectiva sirvió para que se concretara una considerable cantidad de trabajos de pasaje de curso y monografías de

estudiantes de grado de la Facultad, sobre todo de la Licenciatura en Letras pero también de casi todas las demás áreas, y aun ha servido para que varios investigadores no circunscritos al campo universitario, pero con probada competencia, elaboraran artículos y libros.

Contribuimos con la función de enseñanza, en especial en las disciplinas de Literatura Uruguay y Latinoamericana. Organizamos exposiciones sobre Jorge Luis Borges y José Enrique Rodó, coorganizamos ciclos de conferencias y debates con otros institutos y centros de la Facultad, como la “Semana de estudios brasileños”, en 2005, junto al Centro de Lenguas Extranjeras; estamos armando, para este mes de diciembre, un seminario con invitados internacionales sobre las vanguardias en América Latina, en el cincuentenario de la muerte del poeta Alfredo Mario Ferreiro. Contra todas las dificultades, hicimos extensión universitaria en el interior del país: con un equipo de colaboradores en 2000 organizamos unas jornadas sobre “Enrique Amorim y la literatura de Salto”; en 2005 prestamos materiales de Onetti para una exposición que se realizó en Colonia del Sacramento; en 2007, coordinamos una exposición de diversos materiales que se exhibieron en la ciudad de Melo, bajo la curaduría del Lic. Claudio Paolini y la Bach. Verónica Pérez; el 23 y 24 de setiembre próximo las actuales colaboradas honorarias y la estudiante Marcia Lauz montarán la exposición titulada “Antes y después de Onetti” en el Museo de San José, gracias a que su proyecto obtuvo el financiamiento de la Unidad de Extensión, impulsada por la actual administración de la Facultad.

Con los sucesivos equipos de trabajo que se han radicado en el servicio y aun otros investigadores digamos asociados al mismo, hemos (o han) publicado muchos materiales del archivo, siempre analizados, anotados, siempre bajo una mirada crítica y reflexiva. Nuestras publicaciones institucionales –dejo a un lado todo producto o subproducto individual– suman tres folletos, ocho libros y al menos una decena de artículos en revistas especializadas, muchas de ellas arbitradas y la mayor parte del extranjero. Los ayudantes de proyecto Luis Volonté y Nicolás Gropp idearon un método informático de fichaje que se ha entregado a decenas de investigadores jóvenes. En resumen, si un objetivo se logró, creo, fue democratizar la memoria, estimular la apertura del saber.

Esto sólo fue posible en base al esfuerzo y el sacrificio de muchos. Por eso, quisiera recordar a todos quienes trabajaron en el Programa de Documentación en Literaturas Uruguay y Latinoamericana y a quienes lo hicieron o lo hacen en la

Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras, que tiene una sigla algo más pronunciable: SADIL. Así –permítaseme una confesión–, conquisté una traviesa forma encubierta del homenaje, porque esa misma sigla correspondió a una fábrica de tejidos, ya extinta, donde mi madre trabajó como obrera en su juventud.

Quiero mencionar a todos, no sólo porque parece de rigor sino porque casi todos se lo merecen por partida doble, ya que trabajaron de manera entusiasta, siempre, y honoraria, casi siempre. Todos quienes participaron en este proyecto –entre los que me cuento– se han desempeñado en forma honoraria, puesto que, en caso de tener algún cargo rentado correspondió a otra función docente o al circunstancial goce de algún proyecto trabajosamente planificado.

En los comienzos, Hebert Benítez Pezzolano y la Lic. Laura Fumagalli, en cuanto ayudantes del Departamento de Literaturas Uruguay y Latinoamericana, trabajaron en el ordenamiento de varias colecciones documentales. Los tres colaboradores honorarios iniciales fueron la Lic. María G. Núñez, los estudiantes Soledad Platero y Luis Volonté. El PRODLUL nunca tuvo un funcionario administrativo y la SADIL sólo desde fines de 2008 cuenta con un cargo, por ahora interino, que ganó la Lic. Mariana Monné, a quien se le debe, entre otras cosas, la realización de la página web y el diseño de ese pequeño pero bello cartel que promueve la jornada de hoy. Otros Colaboradores Honorarios del servicio fueron los estudiantes Nicolás Gropp y Alejandro Gortázar, quienes luego obtuvieron su título de grado y ganaron cargos en el Departamento de Literaturas Uruguay y Latinoamericana. Los sucedieron los estudiantes de la Licenciatura en Letras Gabriel Lyonnet, Claudio Paolini, Nicolás Der Agopián, Verónica Pérez, María Clara Darino, Gastón Pérez y, desde hace apenas unas semanas, Lucía Germano, María José Bon y Valentina Lorenzelli. Durante algunos meses, y de manera voluntaria, el entonces ayudante del Departamento de Literaturas Uruguay y Latinoamericana, Lic. Daniel Vidal, trabajó en la confección de varios catálogos.

El desarrollo profesional de muchos de los nombrados en el curso de estos diez años es bastante notorio. Por temor a ser injusto, omitiré sus trabajos personales, sus avances, sus contribuciones en el campo de la investigación y la cultura. No tengo la pretensión de creer que todos y cada uno de quienes trabajaron en el archivo hicieron una obra que resulta de su experiencia en el este. Pero estoy seguro de que, por lo menos, su frecuentación de los papeles inéditos de tantos escritores, de revistas y libros y, sobre todo, el clima de debate y diálogo intelectual y humano que se generó siempre,

con los altos y los bajos inevitables, algo debió aportarles. Sólo con esto ya se hubiera conseguido mucho. Y de esto puedo sentirme muy orgulloso.

Hace diez exactos años, el 26 de agosto de 1999 se inauguró oficialmente este proyecto. El Sr. Decano, el Profesor Adolfo Elizaincín pronunció unas palabras. Nos acompañaba un conjunto numeroso de familiares de los escritores que tuvieron la deferencia en confiar en esta iniciativa con la donación de documentos. Había, también, autoridades de instituciones culturales, muchos colegas y amigos. Quisiera recordar especialmente a tres de aquellos asistentes que hoy ya no están: la Profesora Lucía Sala, el escritor José Carmona Blanco y la poeta Idea Vilariño.

Nuestro archivo alberga, diez años después, medio centenar de colecciones y misceláneas documentales: textos literarios en originales o en copias, muchísimos de ellos aún inéditos; series de correspondencia; cientos de fotografías que se encuentran, hoy, en proceso final de reproducción digital; cartelería; primeras ediciones raras; grabaciones, clisés, pruebas de imprenta, miles de recortes de periódicos y hasta objetos curiosos. La lista, puedo decirlo sin vanidad, es enorme. Tanto la de materiales como de quienes han tenido la inmensa generosidad de desprenderse de tan valiosos materiales. Pido disculpas, pero no detallaré una ni otra lista. La primera, la de colecciones y misceláneas, se encuentra en el cartel que auspicia este acto y, con bastante precisión, tanto esta como la de quienes han entregado materiales, ahora puede consultarse en la página web del servicio. A ellas me remito. Quisiera personalizar todo este caudal de generosidad en la ilustre Prof. Luce Fabbri-Cressatti. Su última voluntad, a poco de morir en 2001, fue donar para que se preservara en nuestro servicio su valiosa biblioteca, rica en materiales sobre literatura y cultura antigua, medieval y en especial italiana moderna. Dificultades locativas que se superaron en 2005 impidieron que, hasta entonces, se resguardara tan valiosa colección. Ahora, gracias al esfuerzo de la Facultad, a la dedicación de dos funcionarias de la Biblioteca y al porfiado empeño de su directora, la catalogación de estos miles de libros que custodiamos celosamente se encuentra en su tramo final.

Nuestros registros identifican a más de ciento cincuenta investigadores que han trabajado en el archivo en estos diez años, algunos de manera reiterada, de distintas partes del país, de muchas otras latitudes y de formaciones y opciones disciplinares muy diversas.

Ninguna Universidad de la República Argentina tiene un archivo de estas características. En Brasil sólo dos Universidades poseen, desde hace muchos años, acervos semejantes: el Instituto de Estudos Brasileiros, de la Universidade de São Paulo y, más acá, el Acervo de Escritores Mineiros de la Universidade Federal de Minas Gerais, en Belo Horizonte. Propongo estos casos como dos relevantes términos de comparación. Por sí solos muestran el tamaño de la responsabilidad y el desafío que tenemos para seguir adelante, para afirmar un espacio que, debo decirlo, necesita de una estructura académica más estable ya que sólo cuenta con la figura del director y con un ayudante interino. Sin esa plataforma no podremos crecer, desarrollar otros vínculos institucionales, empujar planes y proyectos multidisciplinarios.

Con la finalidad de vigilar y castigar, cuenta Robert Darnton, que un inspector de policía creó el primer archivo literario moderno. Desde la Sección de Archivo y Documentación del Instituto de Letras apenas pretendemos custodiar algo que nos pertenece a todos: una memoria cultural abierta, no un panóptico sino un ámbito de discusión. Un espacio que complementa otros esfuerzos, como el fundamental Archivo literario de la Biblioteca Nacional, fundado en 1947 por el Prof. Roberto Ibáñez, y al cual tanto le debemos hoy. Pero con el dinamismo y las posibilidades que nos permiten el quehacer universitario y la participación de los jóvenes investigadores, siempre creímos que es responsabilidad de la Universidad de la República contar con un repositorio que conjugue fuentes con disciplina, técnicas de trabajo y espacio para su discusión.

A veces nos ganó el desaliento, y como en los memorables versos de Enrique Fierro, pudimos pensar “*¿quién que es no es/ para la hoguera?// con un poco de paciencia lo perderemos todo*”. Limitaciones de todo tipo pudieron inducirnos a pensar así, pero mayor parte de las veces creímos que era posible rescatar el fuego de la memoria con la seguridad de que lo que atesoramos y luego disponemos para su consulta, tal vez se hubiera perdido para siempre. Diez años de paciencia no son suficientes, y no serían *nada* sin quienes han contribuido a este emprendimiento.

Como director del archivo, a *todos* quiero expresar mi gratitud.